



SUPREMA CORTE DE JUSTICIA.

1. Cristóbal Chapiñal. 2. José Zubieta. 3. Félix Romero. 4. Demetrio Sodí, Presidente. 5. Eduardo Castañeda. 6. Macedonio Gómez. 7. Manuel Olivera Toro. 8. Martín Mayora. 9. Francisco C. Carbajal. 10. Eusebio de la Garza. 11. Carlos Flores. 12. Alonso Rodríguez Miramón. 13. Ricardo Rodríguez. 14. Francisco Belmar.

CAPITULO XLV.

El Gobierno de México.

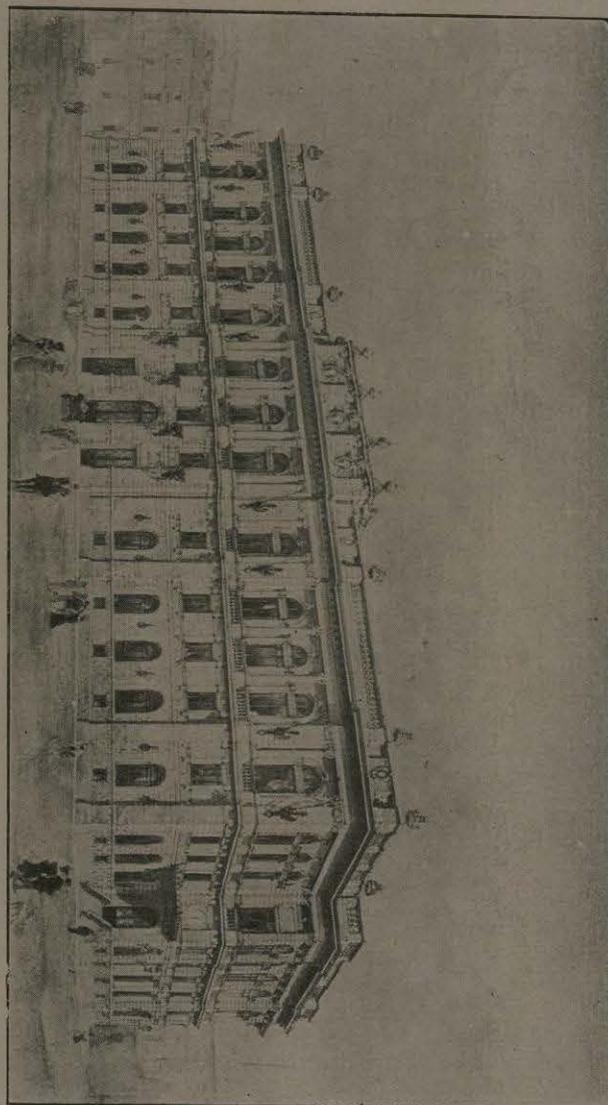
Todo gobierno es bueno siempre que satisfaga las necesidades del pueblo. Un gobierno representativo es bueno, no porque sea representativo, sino porque siéndolo, se supone que se conforma más que ningún otro á las necesidades actuales de la nación; porque favorece por igual el desarrollo de las energías de todas las clases sociales, ó si no enteramente por igual, se aproxima á la equidad más que cualquier otra forma de administración. Todo gobierno digno de llamarse así, se esfuerza por promover, desarrollar y hacer uso de todos los medios legítimos de la nación. Esta es la idea moderna de lo que debe ser un gobierno tal como la exponen los economistas, maestros, estadistas y reformadores sociales. El pueblo, mismo, necesariamente, es el factor más importante que posee la nación, y por consiguiente, el primer deber de todo gobierno es mejorar la condición de sus ciudadanos.

Juzgando por este cartabón, los gobiernos de la República mexicana desde el establecimiento del primer moderno imperio bajo Iturbide, hasta el advenimiento del General Díaz como Presidente en 1876, se encuentran extremadamente deficientes. Para aquel que lea cuidadosamente y estudie la historia de México durante este período de más de media centuria, le parecerá como si el caos hubiera reinado supremo por donde quiera. Ambiciones bastardas, egoísmos y nulidades se pavonean desvergonzadamente, en medio del patriotismo heroico y de las más elevadas aspiraciones de hombres probos y abnegados, que luchaban valientemente por el bien de su país, con un desinterés digno de mejores tiempos. Muchos de estos hombres eran sinceros, pero políticamente eran míopes. Se esforzaban por asegurar, á ejemplo de los pa-

triotas medio dementes de la revolución francesa y de los socialistas avanzados de los tiempos modernos, reformas que no eran posibles bajo las condiciones sociológicas entonces existentes en México. Lanzaban el grito de libertad política para el pueblo, cuando se encontraban atados de pies y manos por los lazos irrompibles de la superstición, de las castas, de la ignorancia y de la bestialidad; herencia legítima del gobierno semi-bárbaro de los aztecas y de la dominación abrumadora de los españoles. Es una regla general, que casi no tiene excepciones, que un hombre no puede, con esperanzas de éxito, dedicarse á ninguna ocupación en la vida á menos que haya sido antes debidamente preparado para llenar los deberes y oficios que dicha ocupación traiga aparejados. Si esto es cierto refiriéndose á un individuo, lo será con mayor razón, si es posible, tratándose de un pueblo ó nación, que necesariamente debe, á causa de las partes que lo constituyen, manifestar un promedio de habilidad humana en la exhibición resultante de sus energías. Por esta razón, mientras que tratándose de individuos, es posible que se puedan presentar brillantes excepciones á la regla, tratándose de naciones no puede haber ninguna; pues la nación representa, como hemos dicho, el promedio del desarrollo de los individuos que la constituyen.

Por consiguiente, si se quieren comprender las condiciones actuales de México, si se quiere apreciar correctamente la lección que nos enseña la administración de Díaz; si se quiere contemplar con mirada serena el vasto océano de dificultades que constante y continuamente se ha opuesto durante el último tercio de centuria, á los hombres que han creado el México moderno, en fin, si se quiere ser justo, no se debe comparar este país con los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania ó cualquier otra nación que tenga tras sí siglos de independencia y de iniciativa nacional, fuerzas que contribuyen á formar el carácter de los pueblos, débese compararla con las otras naciones latino-americanas, y aún más bien,

MINISTERIO DE COMUNICACIONES Y OBRAS PÚBLICAS.



con otras épocas de sí misma. Si queremos mostrar lo que ha hecho un individuo, comenzamos desde sus primeros años, mostramos las ventajas que lo favorecieron ó las dificultades con que tuvo que luchar, los obstáculos que logró vencer, y el éxito que haya alcanzado á pesar de la adversidad. Calificamos su mayor ó menor éxito en proporción á lo que ha hecho y considerando lo que otros, tan bien ó mejor dotados que él, hayan sido ó no capaces de hacer. Esta es la regla universalmente reconocida por el biógrafo. Debe ser también la regla directriz de todo escritor que emprenda el estudio de la vida de una nación durante cualquiera de sus épocas ó períodos de existencia. Pero esta regla con más frecuencia se viola que se observa; pues el autor impresionista escribe nuestras biografías nacionales con ligereza, como con frecuencia escribe sus críticas dramáticas y sus revistas de libros, las cuales, por malas que sean, muestran infinitamente más habilidad que las producciones que pasan por crítica cuidadosa y exposición meditada de las causas y efectos de los acontecimientos y condiciones en general de los países latino-americanos. El autor impresionista, como César, viene, vé y vence; todo en vista de las apariencias, ignorando totalmente el inmenso y oculto campo donde han tenido lugar las más tremendas luchas de la nación. Comienza su historia con los sucesos del día, é ignorante del pasado, es incapaz de comprender el presente ó de encontrar soluciones acertadas para el futuro. El autor impresionista no es competente para emprender la seria tarea de escribir historia ó economía social y política; pues sus mismas tendencias lo inhabilitan para ello. Sin embargo, estos son los hombres que encuentran favorable acogida en revistas respetables y periódicos de gran circulación en los Estados Unidos. En su ceguera, han pasado por México sin ver ni estudiar nada, y después nos han relatado lo que cualquiera pudiera haber visto hace menos de un siglo en los países civilizados de Europa. Han tomado orgullo y deleite

en mostrar á la mirada horrorizada de los "países civilizados" las condiciones anormales que aquí existen, condiciones que son las que prueban más conclusivamente la obstinada lucha que el gobierno de México ha mantenido durante el último tercio de siglo contra la anarquía, el egoísmo, la ignorancia y el caciquismo, que han sido el azote del país desde que surgió en los umbrales de la historia.

La historia de México antes de que se iniciara la guerra de independencia en 1810, puede ser resumida en la historia de sus jefes más poderosos y en sus luchas entre ellos mismos por conquistarse los honores, los títulos y las riquezas que el mundo ofrece. Nunca, ni en el tiempo de los toltecas, ni en el de los aztecas, ni en el de los españoles, ha significado nada el pueblo en su conjunto al tratarse de los arreglos de la política de la nación, ni ha tenido ingerencia en la disposición del empleo de la riqueza nacional, ni en la organización de sus asuntos interiores. Durante todo ese período la masa del pueblo la ha pasado sin la menor educación, en lo que se refiere á sus derechos como ciudadano; habiéndose dirigido toda su educación á enseñarles cuáles son sus obligaciones hacia las autoridades que lo gobernaban. Este era el credo que les enseñaba tanto la Iglesia como el Estado. En esta clase de asuntos el español ha sido siempre un buen maestro; y dió sus lecciones tan bien en México, que aún hoy, después de treinta años de esfuerzos de parte del gobierno actual, las inmensas masas de las clases inferiores desconocen que tengan derechos políticos. Esta ha sido la lucha sin igual que todos los gobiernos han tenido que empeñar desde que México se independizó del dominio de España en 1821; y la administración de Díaz no ha sido excepción á esta regla; todo lo contrario, ha tenido que enfrentarse con una acumulación de males resultantes de los cincuenta años anteriores de malos gobiernos y semi-anarquía. Cuanto se ha llevado á cabo desde que Díaz asumió las riendas del poder hace treinta años, puede comprenderse mejor comparando



EL PRESIDENTE DE MÉXICO Y SU GABINETE.

la situación del país entonces y la de ahora. Desde que el poder de España fué derrocado, hasta que asumió la Presidencia el General Díaz, México estuvo dividido en dos clases: los que tenían ambición de tomar parte en la vida política del país, y los que eran tan ignorantes y abyectos que no encontraban interés alguno en ninguna clase de asuntos políticos. La primera clase puede propiamente ser dividida en dos sub-clases: conservadores y reformadores. Aunque estos dos partidos no siempre llevaron estos nombres, los principios que los constituían y los linderos que los separaban, eran siempre los mismos. Los conservadores pretendían sostener la causa de la ley y del orden, de acuerdo con su idea de ambos. Defendían la unión de la Iglesia y del Estado y el afianzamiento de los privilegios de las clases privilegiadas. Siendo esta la actitud de los conservadores, era natural que sostuvieran muchos abusos, tanto de la Iglesia como del Estado, que habían sido transmitidos desde los tiempos de la dominación española. Como sus filas estaban llenas con los miembros más influyentes del partido de la Iglesia, y como todos eran esencialmente católicos, se oponían obstinadamente á que los bienes de la Iglesia fueran cercenados. Tanto Iturbide, el primer emperador, como Maximiliano, el segundo y último, fueron observadores estrictos de todas las formalidades de la religión católica. Ambos hicieron todo lo posible, considerando la situación política en que se encontraron, por garantizar á la Iglesia las propiedades y privilegios que había heredado de los tiempos de la dominación española. Pero aún estos dos representantes del partido conservador, á pesar de ser genuinos y fervorosos católicos, se vieron obligados, gracias á la actitud amenazadora del partido republicano, á rehusar concesiones que el partido de la Iglesia de buena gana hubiera otorgado.

Los republicanos, teóricamente, sostenían el derecho de elecciones libres y el principio de representación del pueblo en los asuntos públicos. Los escri-

tores más brillantes del período literario más lucido de la historia de México, pertenecieron al partido republicano. Habían bebido en las fuentes de la nueva literatura de los Estados Unidos y Francia, literatura que enseñaba la igualdad de los hombres cualesquiera que fuera su situación en la vida, su educación ó su ascendencia. Sostenían la participación de todas las clases en las elecciones y en el gobierno del país, y siendo este su credo, naturalmente se oponían á las distinciones de clase y á los privilegios, bases fundamentales en que el partido conservador hacía descansar el edificio de su credo político. De este modo, paso á paso, el partido de la reforma fué impelido á una oposición abierta contra la Iglesia misma, y muy en los principios de la historia de la República, había muchos que abogaban por la separación de la Iglesia y del Estado y la reducción de los privilegios de aquélla. La fuerte oposición que la Iglesia hacía á todos los ataques contra sus privilegios, que creía poseer por derecho divino, aumentaba de año en año la importancia de los reformadores.

Conforme los partidarios de la reforma se fueron haciendo fuertes, y sus ideas persistentemente propagadas se fueron diseminando más y más por el país, comenzaron gradualmente á olvidar los grandes principios de amor y hermandad entre los hombres que al principio habían predicado; pues ningún partido puede mantener la bandera de paz y el evangelio de amor y buena voluntad, cuando se encuentra en oposición con un partido hostil, armado hasta los dientes y resuelto á luchar hasta morir contra los principios que se le tratan de imponer. De suerte que la mayoría del pueblo, los obreros, los pobres, los ignorantes, un noventa por ciento de la población de México, era completamente olvidada por ambos partidos; y no solamente era olvidada en todo lo que se refiere á medidas para mejorar su condición, sino que se le sujetaba por ambos partidos á una conscripción forzosa y era robada, tratada brutalmente y colocada en una condición aun peor de la que había

soportado durante el período colonial; pues la lucha entre conservadores y republicanos había llegado á ser una lucha por la existencia.

Siguió el resultado inevitable: industrias, comercio y transacciones de toda índole quedaron casi arruinados en México: los ranchos, las haciendas y las plantaciones quedaron prácticamente desiertos; el dinero se retiraba de los bancos para ser ocultado en las casas y en los campos; la minería, el gran recurso del país desde los tiempos de la colonia, se suspendió casi por completo. Y el peso de todas estas calamidades caía sobre los pobres: la inmensa mayoría de la población. Mendigos hambrientos, vestidos de harapos, infestados de parásitos y llenos de enfermedades producidas por la miseria, pululaban por todos los ámbitos de la República, desde el Río Bravo hasta Guatemala. Una administración tras otra formaba planes para difundir la enseñanza por medio de escuelas gratuitas y mejorar las condiciones de las masas populares, pero eran tan inestables los gobiernos y se sucedían uno á otro con tanta frecuencia, que ninguno de estos planes era llevado á cabo. Así es de que, el que estudia la historia de México durante la media centuria que intervino desde el año de la independencia hasta que asumió Porfirio Díaz la Presidencia, continuamente se encuentra con las más extrañas contradicciones, entre los principios que el partido republicano tan calurosamente proclamaba y la conducta que observaba cuando estaba en el poder. El más ligero estudio muestra que no era posible al partido republicano llevar á cabo la política que señalaban sus principios; y es realmente de admirar cómo sus publicistas, de competencia é ilustración reconocida, no comprendieran cuán infranqueables eran los obstáculos que se oponían á seguir la senda que trazaban sus partidarios. No se puede dudar de la sinceridad de estos hombres; pero lo cierto es que causaron grandes males con su inhabilidad para comprender las condiciones sociales y políticas existentes, y con su intolerancia por las ideas de los

que rehusaban seguirlos incondicionalmente. Y llegaron las cosas á tal extremo, que después de la caída de la administración de Comonfort, apenas era posible concebir esperanzas de que la Nación pudiera llegar á un período de paz y prosperidad.

Para luchar contra el desaliento general, disipar las animosidades y desconfianzas de los partidos enemigos, conducir al pueblo por la senda de la paz, después de haber errado por más de media centuria en los desiertos del caos, la inestabilidad, la pereza y la anarquía, se requería el genio de un hombre más grande aún que el de los profetas y caudillos bíblicos; pues ninguno de esos grandes jefes tuvo ante sí, la inmensa tarea que México ofreció al hombre llamado á conducir á su pueblo fuera del desierto en que había errado diez años más que los históricos cuarenta años de los israelitas. Las calamidades y tribulaciones que afligieron al pueblo de Israel, fueron insignificantes si se las compara con los azotes y las plagas que abrumaron al pueblo mexicano durante más de media centuria. Por consiguiente, el estudio de la vida del hombre, que cual moderno profeta luchando con toda clase de peligros y dificultades, siempre lleno de vigilancia y de recursos ha conducido á México á donde puede contemplar la tierra prometida de paz, prosperidad y grandeza; el estudio de la vida de ese hombre, decimos, es de lo más interesante, y nos ofrece admirables ejemplos de paciencia y perseverancia, como pocos se encuentran en las páginas de la historia. La mayoría de los detractores de Porfirio Díaz, han sido refugiados políticos que se han visto obligados, para bien de su propio país, á abandonarlo. Han sido de la misma clase de hombres, que no sólo hicieron posible sino imperativa la anarquía y el retroceso, durante los cincuenta años de luchas intestinas que mediaron desde los días de la independencia hasta la caída del gobierno de Lerdo. Estos hombres, casi sin excepción, trataban de embrollar al país en una guerra civil. Poco les importaba detener la marcha triunfal del carro



VOLCÁN DE IXTACCHUATL.

del progreso y cerrar las puertas del templo de la paz. Afortunadamente, uno tras otro han fracasado, no quedándoles más recurso que cruzar la frontera y desde allí entablar una guerra implacable contra la administración de su país. Sus armas han sido la calumnia, la vituperación y la falsedad más palmarias, y sus medios, la prensa sensacional de los Estados Unidos. El que no les haya sido posible hacer un daño apreciable al baluarte de paz y administración sensata del gobierno de Díaz, no es ciertamente debido á falta de inteligencia y empeño, pues todos ellos son hombres ambiciosos y de habilidad reconocida. Pero estos obstinados ataques no han hecho sino poner más de manifiesto la confianza que el pueblo mexicano tiene en las honradas intenciones del gobierno de Díaz, en sus miras progresistas y en la habilidad incuestionable del mismo gobierno para solucionar los más difíciles problemas nacionales.